

belgas, que en su temeraria ceguedad, han ocasionado esta guerra (la angloalemana), para demostrar definitivamente ante el mundo entero su incapacidad de existir como Estado?" Este es el epitafio que escribe uno de los hombres más grandes de Alemania sobre la losa militarista que cubre el hoyo donde yace Bélgica exangüe, pero no muerta. En otra parte dice Wundt que los belgas son "asesinos en traje civil, conspirando con su Gobierno y jefes del ejército", con lo cual parece querer decir que el asesinato debe ser monopolio de los hombres en uniforme. Francia es la "descarriada y digna de lástima". Con los japoneses está bastante resentido Wundt, pues los que estudiaban con él se despidieron "á la francesa"—dice, ellos, tan cortesés de ordinario, y, de añadidura, dejaron algunas deudas en las casas de huéspedes...

## VII

### Liszt ó la utopía militarista.

Bajo el título general *Entre la guerra y la paz*, se está publicando en Alemania una serie de folletos escritos por políticos y profesores eminentes. El segundo de estos folletos lo firma Franz von Liszt y se titula *Ein Mitteleuropäischer Staatenverband* (Una Confederación centroeuropea). Le precede una breve introducción, firmada por el autor del folleto, y además, por Georg Irmer y Karl Lamprecht, autores de otros folletos de la serie. Como el primer párrafo de esta introducción da la clave psicológica de Alemania, vale la pena de traducirlo casi íntegro. Dice así, después de recordar las palabras de Treitschke, de que la guerra es la fuente de salud del pueblo.

"La guerra arrojó de la mesa el fastidioso juego de paciencia de los diplomáticos é hizo rodar por el campo de batalla el dado de hierro. Olvidado

está lo que queda tras de nosotros: la época turbia de decadencia política, que, ante el futuro, causaba miedo á los mejores. La audaz energía de los principales estrategas en la hora de la decisión ha provocado en todo el Imperio una exclamación unánime: ¡la acción salvadora, al fin!

En estas palabras está todo el secreto de Alemania. Falta de paciencia ó de talento para ganar en el "fastidioso juego" diplomático, que es lo lícito de la política internacional, Alemania arroja el dado férreo. Lo que no pudieron ganar sus embajadores en la paz, que lo conquisten sus estrategas en la guerra. Las palabras de Treitschke son ciertas para los pueblos gobernados por políticos torpes ó anormalmente ambiciosos: la guerra es una fuente de salud; allí donde la lengua ó la pluma son estériles, la espada puede ser eficaz; allí donde es infecunda la acción espiritual de los gobernantes, hay que recurrir á la acción salvadora de los soldados. Esta es la tragedia psicológica de Alemania.

Pero Liszt incurre en la misma vergonzante contradicción que todos los demás apologistas alemanes. Si los alemanes dijese que han hecho la guerra porque así les convenía, su conducta nos parecería bárbara, pues ningún interés humano puede justificar una guerra de agresión; pero sería una barbarie atenuada por la virtud de la sinceridad. Lo peor de todo es una barbarie hipócrita, cobarde, que no se atreve á reconocerse á sí misma. Después de celebrar que la guerra haya estallado—y de ello sólo pueden alegrarse los agresores—, dice Liszt con exasperante inconsecuencia: "Nuestra guerra es una guerra de defensa, no una guerra de con-

quista. No hemos ido á ella, como todos nuestros enemigos (¿también Serbia, también Bélgica?) para enriquecernos á costa de los demás. Después de nuestros triunfos en el Este y en el Oeste, no hemos discutido la cuestión, como nuestros enemigos se han apresurado á hacer, de cómo al concertar la paz podemos alterar en nuestro favor el mapa del mundo. No nos atrae la conquista de territorios europeos con una población de lengua extraña."

Esto lo dicen los conquistadores de Polonia, de Schleswig-Holstein, de Alsacia y Lorena; esto se dice en el momento en que las autoridades alemanas proclaman la anexión de Bélgica. Verdad es que Liszt se apresura á explicarlo: Alemania no quiere conquistas, pero necesita asegurar sus fronteras. Ahora bien; como las fronteras de tierra llana ofrecen una defensa natural precaria, se comprende que Alemania quiera extender las suyas hasta encontrar límites naturales invulnerables. Los alemanes no se sentirán seguros, por ejemplo, hasta echar á los rusos de Europa, y acaso de Asia, para que la frontera oriental de Alemania sea un día el Pacífico; ni se sentirán seguros hasta que su frontera occidental sea el mar del Norte y su frontera meridional el Atlántico y el Mediterráneo. Entiéndase bien: no quieren territorios europeos, y menos si en ellos no se habla alemán; pero sus necesidades defensivas les obligan á apoderarse, si pueden, de todo el terreno á su alcance. El ideal de los alemanes, á quienes repugna toda idea de conquista, es que la tierra entera fuese Alemania, para no tener entonces otros enemigos que Marte, Sirio ó cualquier otro mundo sideral.

Sin embargo, no sólo por razones defensivas desea Liszt extender las fronteras de Alemania. "Un fuerte Imperio alemán—dice—no se concibe sin posesiones coloniales. Necesitamos colonias para ocupar en ellas á nuestra población sobrante." Pero conste, una vez más, que los alemanes no han ido á esta guerra por conquista. Y no se diga que la población de esas colonias que codician Liszt y y otros compatriotas suyos no es probable que hablen alemán, pues bien pudiera acontecer, por una milagrosa disposición de la Providencia, que lo hablasen, aunque los viajeros y exploradores del Africa, Asia y Oceanía hayan asegurado hasta ahora lo contrario.

Pero el tema capital del folleto de Liszt es, como indica el título, una Confederación centroeuropea, "como objeto inmediato de la política extranjera alemana", según el subtítulo. La Confederación que propone Liszt abrazaría los países siguientes: en el centro, como célula matriz, Alemania, y en torno Austria-Hungría, los Países Bajos, Dinamarca, Suecia y Noruega, Suiza, Italia, Península balcánica y Turquía. Sobre Francia, España y Portugal no se haría ninguna presión; pero podrían sumarse al nuevo Estado, si así lo desearan. Como dice el subtítulo del folleto, éste debe ser el objeto de la política internacional futura de Alemania. Pueden, pues, tranquilizarse los Estados neutrales, los escandinavos, Holanda, Suiza é Italia especialmente. Liszt propone meterlos en el horno alemán mediante la persuasión. Por de pronto, él, Liszt, ha escrito su folleto, y un destacamento de profesores ha estado ya en Suecia y Noruega, en Holanda y Dinamarca

predicando este nuevo evangelio federal; luego vendrían los diplomáticos á dar forma práctica á este magno proyecto, una vez que los diversos pueblos interesados en él hubieran caído, estudiándolo, en un adecuado grado de éxtasis. Hay un peligro: que si estos pueblos no se dejan convencer por los profesores y los políticos, entren en escena los soldados; el peligro de que, á la postre, termine de mala manera el juego "fastidioso" de los diplomáticos y se recurra á la "acción salvadora", á la guerra.

Porque, aceptados los supuestos de Liszt, una Confederación como la que propone es inevitable, y quien no la reciba de grado la tendrá que aceptar por fuerza. La idea fundamental de Liszt es que Alemania necesita ser la primera potencia del mundo, para vivir con seguridad y para no hacer el ridículo. Según él, la grandeza de los pueblos es puramente cuantitativa; lo que importa es lo que un pueblo representa en metros y en número de hombres. Echando mano de su vara de medir, Liszt descubre, con gran melancolía y no escasa indignación, que Inglaterra, Francia, Rusia y hasta los Estados Unidos, son mayores que Alemania en kilómetros cuadrados y en habitantes, contando, claro es, con las colonias respectivas. Ahora bien: incorporando á Alemania los países mencionados, con sus colonias, naturalmente, se formaría un Imperio formidable, cuya doble función sería contener el avance de Rusia—este pueblo bárbaro sin remedio—y atacar á Inglaterra hasta reducirla á insignificancia. Según Liszt, hay que asegurar la paz de Europa *contra* Inglaterra, *sin* Rusia y *con* Francia. En una

palabra: para evitar que el mundo pueda molestar á Alemania, se pide la creación de un Estado que domine al mundo; el medio de acabar con la rivalidad de los Imperios es constituir á punta de bayoneta un Imperio Universal.

Es dudoso que los Estados que Liszt piensa incorporar á la futura Confederación centroeuropea se avengan á servir de simples sumandos, de meras cantidades, en los cálculos imperialistas de los alemanes. Más dudoso es que democracias como Suiza, Holanda, las escandinavas é Italia colaboren de grado en la destrucción de democracias como Francia é Inglaterra. Pero lo más dudoso de todo es que claudiquen de su vida libre y ofrezcan el cuello al yugo de la autocracia prusiana.

Y, sin embargo, en el folleto de Liszt, por absurda que nos parezca su finalidad, están los gérmenes de una Europa mejor. En su proyecto, cada Estado conservará su soberanía, y la defensa contra todo ataque estará garantizada mediante Tratados y convenciones militares. Se establecerá una unión económica, esto es, una unión aduanera, parcial ó total, según las conveniencias momentáneas de los diversos Estados, y se unificará también el sistema de pesas y medidas. Para resolver las disputas que puedan surgir entre los países federados, se creará un Tribunal de arbitraje. Para tratar los asuntos comunes se constituirá una conferencia permanente ó que se reuna con regularidad, formada por representantes de todos los Estados federados. Se formarán organismos técnicos para el funcionamiento de los servicios comunes. Con representantes de todos los Parlamentos particulares podría organi-

zarse un Parlamento superior ó central en la forma de la Unión interparlamentaria que hoy ya existe.

No creemos que sea Alemania el país llamado á echar las bases de los Estados Unidos de Europa; por lo menos, pacíficamente. Esa tarea, de realizarse algún día, está más bien reservada á países como Inglaterra ó Francia. Alemania podría crear, si la dejasen, una autocracia europea, con la punta de la espada; pero el germen de una democracia europea, de una Federación democrática, en que todos los Estados se unieran libremente, sólo puede residir en democracias como la inglesa ó la francesa. Sin embargo, esto es lo interesante del folleto de Liszt: que se hable en él de los Estados Unidos de Europa, del centro de Europa, por lo menos, como de una posibilidad, más aún, como de una tarea inmediata de política internacional. La guerra ha arrancado la idea de los Estados Unidos de Europa á las regiones nebulosas de la utopía y del ensueño, y trayéndola al mundo de las cosas factibles, le ha dado casi la forma de un programa político. El programa de Liszt es un programa imperialista y militarista. ¿No saldrá de Inglaterra ó Francia una voz que nos dé el programa democrático de los futuros Estados Unidos de Europa?

## VIII

### Bernard Shaw ó la crítica funambulesca.

Uno de los episodios literarios más interesantes que ha producido la guerra es la polémica en torno del folleto de Bernard Shaw, *Common sense about the war* (*Cosas de sentido común acerca de la guerra*). Durante varias semanas los diarios y revistas no hablaron de otra cosa. Hasta en la Cámara de los Comunes se ocuparon de él. Por los días de su aparición hubo en la Prensa inglesa y en el Parlamento un gran revuelo sobre la censura que el Gobierno ejercía sobre los periódicos. Como hasta ahora la libertad de la Prensa inglesa no ha tenido nunca otros límites que la acción de los Tribunales de justicia, y la previa censura es en Inglaterra flor exótica, todos los periódicos en masa protestaron contra la leve intromisión del Gobierno en sus redacciones. No por leve, sin embargo, está demás la campaña contra la censura; la liber-

tad de la Prensa es uno de los pilares esenciales de toda democracia moderna. Pero de la benignidad de esta censura podrá juzgarse por el hecho de que al preguntar un diputado al Gobierno si conocía el ruidoso folleto de Bernard Shaw, recibió respuesta negativa. Ello puede tomarse como signo de que los ministros no tuvieron tiempo ó curiosidad de enterarse de uno de los trabajos literarios más sugestivos que han brotado de la guerra; pero también como signo de que la censura no ha alcanzado aún una intolerancia torquemadesca. Pues en la primera página de ese folleto, hablando Bernard Shaw del engaño de que los pueblos de Inglaterra y Alemania han sido objeto por parte de los militaristas de ambos países, dice estas severas palabras:

“Sin duda, el heroico remedio para esta trágica mala inteligencia es que ambos ejércitos hiciesen fuego sobre sus oficiales y se fuesen á casa á recoger las cosechas en las aldeas y á hacer la revolución en las ciudades...”

Más adelante dice: «Si enviamos al Kaiser á Santa Helena, también debemos enviar allá á sir Edward Grey (ministro de Estado). Pues al día siguiente de la paz puede que empecemos á conspirar y planear de nuevo la destrucción de unos y otros en las sombras de nuestros ministerios de Estado; de suerte que, á pesar del Parlamento y de las libres instituciones democráticas, el ministro de Estado pueda bajar en cualquier momento del ministerio de Estado a la Cámara de los Comunes y decir: “Ayer arreglé con el embajador de Cócagne „que Inglaterra se va á unir á su país para luchar „contra Brobdingnag; por lo tanto, votadme unos

„doscientos millones (de esterlinas) y ya estáis andando á las trincheras“; y estaremos exactamente donde antes estábamos, por lo que respecta á la probabilidad de poner término á la guerra.”

En un país en guerra donde puede escribirse esto sin ser lanzado violentamente á una cárcel y acaso sumariamente fusilado, la previa censura no tiene aún más poder amordazador que una ráfaga de aire. Pero dejémosla por el momento á un lado.

Bernard Shaw ha hecho más que ningún otro inglés contemporáneo por aligerar el espíritu público de ese peso muerto que las costumbres y las ideas tradicionales habían echado sobre él. Arte, religión, educación, familia, economía, política: no hay zona social donde su pluma ó su oratoria no haya actuado como un revulsivo. Pero su método ha sido siempre un poco equívoco. En Inglaterra no se concibe un moralista por el estilo de Tolstoi. Además, á Shaw se lo impediría serlo, junto á la hostilidad social de un pueblo que no admite verdades crudas, esqueléticas, su temperamento jocundo y travieso de irlandés. Bernard Shaw es un gran moralista vestido de clown. Gracias á eso, el público le ha prestado oídos y ha reído á carcajadas sus sermones expresados en forma de discursos, conferencias, artículos, prólogos, folletos, novelas y, sobre todo, dramas y comedias, género literario en el que ningún otro inglés contemporáneo le supera. El gracejo de su sátira neutralizaba los arañazos de su estilete. La risa ahogaba el dolor. Esto le ha permitido llegar á ser un moralista extraordinariamente popular, cuya palabra, escrita ó hablada, busca todo el mundo. Pero el precio no ha sido es-

caso: por una parte, la punta de su espada de San Jorge laico ha quedado más de una vez embotada en la dura epidermis de un público necio y atacado de hilaridad, con gran indignación del moralista mismo; por otra parte, Bernard Shaw se ha rendido inconscientemente á esta exigencia del público, y en ocasiones su humorismo ó malhumorismo, si se quiere, aparece forzado como el de esos heroicos obreros de circo que tienen que ser graciosos todas las noches á hora fija.

En el folleto sobre la guerra, la personalidad de Bernard Shaw aparece desdoblada en tres: en él hay un Shaw juglar literario, un Shaw historiador y un Shaw político, no complementándose sino en pugna recíproca. El Shaw juglar ha sido esta vez del agrado de pocos; su risa, tan celebrada en tiempos de paz, ha sonado ahora á cosa macabra. Algunas de sus salidas de ingenio son felices; pero la gente se ha imaginado que Shaw ha querido utilizar la guerra, con sus héroes y traidores, como tema humorístico. Nada más injusto que este reproche; una vez más el público británico ha visto la risa sin enterarse de la moraleja. No es culpa de Shaw; pero nada habría perdido su reputación literaria con haber escrito su trabajo sin saltos mortales y caídas de barriga. En esta hora trágica tienen valor universal las palabras de aquel oficial alemán que escribió á un periódico de su país protestando contra las postales chocarreras que se enviaban al campo de batalla representando soezmente á ingleses y franceses.

“Esas postales—decía el oficial—hacen en el campo de batalla el mismo efecto que un payaso

en un entierro.” Esto mismo es aplicable á la literatura.

El Shaw historiador ha sufrido algunas arremetidas de otros historiadores mejor informados que él. Su tesis política es ésta: que Inglaterra no fué á la guerra movida por la violación de un Tratado, el de Londres (1839), que garantizaba la neutralidad de Bélgica, después de haber permitido la violación de otros más recientes, el de París (1856), por Rusia, y el de Berlín (1878), por Austria, al poner barcos de guerra en el mar negro la primera, y al anexionarse Bosnia y Herzegovina la segunda; que la diplomacia secreta y el militarismo de Inglaterra son tan culpables del conflicto como los factores que lo han determinado en Alemania. La prueba histórica que da Shaw para demostrar estas afirmaciones es deficiente por una parte y equivocada por otra; en su folleto no hay ni una referencia á la cuestión balcánica, origen de esta catástrofe, ni al crecimiento del Imperio alemán, la raíz más honda del conflicto. Shaw tendría razón si hubiera dicho que una política secular ha determinado fatalmente esta guerra y que no hay nación europea que pueda lavarse las manos, como se verá cuando se escriba la historia de sus orígenes. Todo el mundo hubiera estado de acuerdo con eso. Pero un examen histórico detenido hubiera mostrado también, no que todas las naciones son por igual culpables, sino que la culpabilidad varía gradualmente, hasta purgarse casi por completo en el caso de Inglaterra, al intervenir en defensa de Bélgica. Puede concederse que no fué ese el único motivo ni el preponderante. Como ha dicho con gran

justeza Cunninghame Graham, todos los motivos tienen su aleación. Pero sean cuales fueren los que predominantemente animaron á Inglaterra, y á pesar de no haber defendido otros Tratados violados—en circunstancias muy diversas—, el hecho culminante de la guerra, el que le da un carácter jurídico supremo y el que servirá de ejemplaridad eterna, es la intervención de Inglaterra en defensa de Bélgica, en su doble aspecto de país neutral amparado por varias potencias y de nación independiente. El destino de las pequeñas nacionalidades depende del valor moral permanente que se atribuya á la conducta de Inglaterra.

El Shaw político es el más sólido de los tres, y en este aspecto suyo descubrimos que sus juegos de manos literarios y sus omisiones y tergiversaciones de la historia no tienen otro objeto que prestar más vigor á su actitud política. Shaw sostiene que esta guerra, no sólo es una guerra contra Alemania y contra el militarismo alemán, sino contra el militarismo de cada nación y contra la diplomacia secreta; una guerra por la democracia, por el civilismo, por el dominio de los pueblos sobre sus destinos nacionales, y especialmente internacionales. Su tesis es que hay que entrar á saco en los ministerios de Estado y discutir los problemas internacionales á la luz del día, en los Parla-mentos.

“Debemos utilizar la guerra—dice Shaw—para dar el golpe de gracia á la diplomacia medioeval, á la autocracia medioeval, á la anárquica exportación de capitales, y como consecuencia suya, convencer al mundo que la Democracia es invencible

y el militarismo una espada mohosa que se quiebra en las manos.”

Todo el extenso folleto está escrito para acabar con estas líneas. Es un folleto político; sus exageraciones satíricas y sus deficiencias históricas son auxiliares de su finalidad política. Noventa y nueve escritores entre cien cayeron sobre Bernard Shaw como lobos hambrientos. Contestó á algunos ataques. Se veía que no le agradaba que le tomaran por un funámbulo y por un mal historiador; pero lo que acabó de apesadumbrarle, de amargarle, como no pudimos suponer los que le creíamos insensible al ataque, fué que el periódico obrero *The Daily Citizen* se asociara á esta campaña contra él. Resumiendo el contenido de una larga carta á este periódico, decía Shaw: “En una palabra, he puesto lo mejor de mi cerebro y de mi pericia al servicio de la causa obrera, sin otra defensa contra la inevitable tormenta de injurias de origen capitalista y gubernamental que el apoyo de aquellos para quienes hice mi trabajo.” Aquí aparece al desnudo el gran corazón de Bernard Shaw, lleno de sangrientas burlas para los oligarcas, pero sincero con los eternos expoliados y hondamente dolorido por su incomprensión. Esta noble carta salvó el folleto de un estrepitoso fracaso intelectual, á pesar de su fabuloso éxito de venta.



## IX

### Wells ó la idea federativa.

Creyéndolo de interés para España, solicité de H. G. Wells una entrevista para hablar sobre la guerra, y el genial escritor, abrumado como está por la campaña que viene realizando en la prensa británica, se apresuró á concedérmela. Esta amabilidad debo agradecersele tanto más cuanto que me consta que se ha negado á recibir á otros periodistas extranjeros, ó no ha querido hablar con ellos sino por teléfono. Soy enemigo de las entrevistas, en general, pues creo que los entrevistados raramente dicen nada que ya no sepa el público; la reserva, si son políticos, y el amor á sus ideas, si son escritores, les impide abrir su pecho al primer señor que viene á interrogarles; lo que saben y lo que piensan, si algo vale, se lo guardan para una ocasión más brillante.

Por otra parte, Wells será en Inglaterra quizás

el hombre que más ha escrito sobre la guerra, sobre la guerra en general, en sus numerosos libros, tanto en los sociales como en los novelescos, y sobre esta guerra en particular en la prensa inglesa de más circulación, desde el aristocrático *Times* hasta el semanario socialista *Labour Leader*. ¿Qué de nuevo podría decir sobre un asunto que para él parecía agotado? Pero un acontecimiento como éste, destinado á subvertir de cuajo la historia, no puede agotarse en unas docenas de artículos, ni hay cabeza humana que prevea todas sus cuantiosas posibilidades. Precisamente, tanto en la campaña de Wells como en la de los demás escritores, hay como una laguna. Ocupados en demostrar el deber de Inglaterra de ir á la guerra y la legitimidad de su alianza con Rusia, no han tenido tiempo de pensar en un problema que es vital para nosotros, los naturales de los pueblos pequeños ó débiles. ¿Qué posibilidades abre la guerra para estos pueblos en el porvenir? ¿Qué nueva política internacional podría idearse para asegurar, de un modo definitivo, si es posible, la integridad é independencia de las nacionalidades pequeñas ó débiles?

Con estas preguntas en la cabeza, fui al venerable *Reform Club*, viejo baluarte del liberalismo británico, donde me había citado Wells. Creo que Wells sigue siendo socialista de corazón, aun después de haber abandonado la Sociedad Fabiana; pero esto no le impide, con esta elasticidad que en Inglaterra tienen los conceptos políticos, pertenecer á un club liberal. Cuando llega el autor de *Una utopía moderna*, me encuentro ante un hombre de fuerte constitución física, mucho más joven que sus

cuarenta y ocho años, de vigoroso andar, propio de un habitante del campo, color sano y en los ojos concentrada una inmensa bondad; estos nobles ojos que explican, con sólo verlos una vez, su amor á los débiles y su pasión por todas las causas justas. Sentados en el ángulo de un amplio salón de lectura y ante nuestros indispensables pucheros de té, nos ponemos á "conspirar", como dice Wells humorísticamente, iniciando la conversación.

Como cosa sobreentendida, nada le pregunto sobre lo que es dominio del mundo entero, desde que los *Libros Blancos* de Inglaterra y Alemania ruedan por el mundo; ni una palabra sobre las causas de la guerra. Incidentalmente, esto debe hacerse constar: sobre los orígenes de la guerra no puede discutirse ya sino tomando como base común estos *Libros Blancos*; los que pierden el tiempo neciamente hablando de la perfidia británica, sin haber leído estos documentos, están irremediablemente descalificados. De la alianza de Inglaterra con Rusia, que á los alemanes y alemanizantes les parece tan nefanda, hablamos poco, por estar ambos de acuerdo y parecernos que las pasadas tropelías de Rusia, lejos de ser, como se pretende, un estigma sobre ella y sus aliados, quedan, al contrario, absueltas por la gallarda actitud de Rusia al poner su espada al servicio de una nacionalidad pequeña, como Serbia, amenazada de extinción por Austria, con el consenso de Alemania.

—No—dice Wells—; los que hablan del peligro de Rusia, se olvidan de que este pueblo dista mucho de haber mostrado las tendencias militaristas y agresivas de Alemania. Si fuera un país de presa,

como lo es el alemán, ¿cree usted que hubiera fomentado la formación de las nacionalidades bálticas, en vez de absorberse todos esos extensos territorios? Por otra parte, aunque Rusia fuera un peligro para Europa, no sería sino un peligro remoto, que no debe tenerse en cuenta para nada ante el inmediato de Alemania.

Yo creo—prosigue Wells—que uno de los efectos más grandes de esta guerra, en el supuesto de nuestro triunfo, será una elevación del respeto por los Tratados. La actual actitud de Inglaterra, yendo á la guerra principalmente en defensa del Tratado que garantiza la neutralidad de Bélgica, será un factor importante en toda futura política internacional.

—Sin embargo—observo—, son pocos los países cuya independencia é integridad está garantizada por tratados internacionales. Reducida Alemania á impotencia militar, ¿cree usted que no habría que temer en el porvenir alguna guerra entre Estados europeos?

—Tal es mi opinión—responde Wells.— No se me escapa que en Francia ha habido un partido colonista, en el cual acaso pudiera verse un germen de futuros peligros. Sin embargo, no debe olvidarse que lo que hasta ahora había de agresivo en una parte de la población francesa iba dirigido contra Alemania; vencida ésta, Francia dará suelta á las inmensas reservas de liberalismo que aún guarda su pueblo, y es dudoso que constituya una amenaza para ningún país europeo. A mi juicio, Francia, Italia y España podrían formar una Liga latina.

—¿No sería mejor—le pregunto—que, en vez de

eso, ó paralelamente á eso, Inglaterra iniciase en Europa el mismo sistema de Tratados que los Estados Unidos acaban de firmar con varias potencias, comprometiéndose á no romper las hostilidades con ellas hasta que una Comisión haya estudiado y juzgado las circunstancias del caso? Tenga usted en cuenta que, probablemente, todos los Estados más débiles de Europa tienen en Inglaterra una confianza mucho mayor que en el resto de las grandes potencias, aunque esto no sea dudar de la buena fe de nadie.

—Comprendo esa confianza—dice Wells—, pues nosotros, los ingleses, no aspiramos á ningún nuevo territorio en el Continente europeo, y nuestro anhelo más ferviente es el de una futura paz perpetua. En efecto, Inglaterra debiera iniciar esa serie de Tratados, como los que indica, y todos tendríamos que trabajar sobre el público para conseguirlo.

—Y si esto no se lograra ó no se generalizara en grado suficiente para asegurar por tiempo indefinido la paz de Europa, ¿no cree usted que Inglaterra debiera tomar bajo su protección á aquellos Estados que por sí mismos no pueden repeler una agresión de algún vecino más que poderoso?

—No sé—dice Wells, dubitativo—; acaso la responsabilidad fuese excesiva para mi país.

—Claro está—arguyo—que Inglaterra no podría aceptar tan inmenso compromiso sin recibir á su vez alguna especie de compensación de los Estados protegidos, ó más bien militarmente federados con ella. Para muchos de estos Estados, en vez de gastar, por ejemplo, diez anualmente en unos arma-

mentos que no bastan para defender al país, y al mismo tiempo lo arruinan, ¿no sería preferible invertir nada más que cinco y entregárselos á Inglaterra, para que en sus manos se constituya una fuerza de carácter internacional que vele por el cumplimiento de los Tratados y por la independencia é integridad de los pueblos más débiles?

—Lo mejor es el desarme— replica Wells—; pero temo que nuestros liberales no se decidan á dar un paso radical, atrevido. Ustedes, los del Continente, hacen las cosas con más osadía. Por de pronto, queremos que desaparezca el sistema de diplomacia secreta, fuente de tantas malas inteligencias.

—¿No le parece á usted que los embajadores, en vez de estar distribuidos en diferentes capitales, debieran unirse en cualquier punto de Europa para discutir en común y públicamente todos los problemas relativos á la política internacional?

—No me parece mal la idea; pero habría que tener cuidado de no hacer de la cosa un Parlamento más (1).

Después de una pausa me pregunta:

—Y ustedes, los españoles, ¿por qué no aprovechan esta ola universal de solidaridad para concertar alguna unión firme con las Repúblicas sudamericanas, tan preñadas de un gran porvenir? Vea usted lo que acaba de ocurrir entre Inglaterra y nuestros llamados dominios: la guerra ha centuplicado nuestros vínculos ideales y materiales.

—La situación de España respecto de las Repú-

(1) Posteriormente á esta entrevista, Wells ha desarrollado esta idea de un congreso fijo de diplomáticos en un libro que lleva el título de *The Peace of the world*.

blicas sudamericanas no es la misma— le replico.— A los españoles nos falta una escuela política que atraiga á los países de su lengua, como es el caso en Inglaterra; nos falta, en general, una cultura que satisfaga las nuevas ansias de saber de los sudamericanos, y aun en lo poco que tenemos les cerramos las puertas y les obligamos á buscar una hospitalidad intelectual más generosa en otros países europeos.

—Es lástima— dice Wells—, porque si ustedes se descuidan, es posible que la capitalidad intelectual de los pueblos de lengua española pase de Madrid á alguna ciudad sudamericana, Buenos Aires, por ejemplo. Ya ve usted: la mayor parte de las ediciones francesas de mis libros se venden en el Sur de América.

—La situación de España— le informo— es angustiosa. Lo que necesitamos para enseñanza lo gastamos en armamentos. Hasta ahora, los de la izquierda los combatíamos, en la creencia de que Europa había llegado á un grado de desenvolvimiento moral incompatible con una agresión á las naciones europeas más débiles. Esta guerra nos ha demostrado que hay que revisar nuestras viejas concepciones. En lo sucesivo, ó tendremos que aceptar la política suicida de armamentos, ó un gran país, como Inglaterra, mediante Tratados y garantías recíprocas, debe establecer un nuevo orden de cosas, que nos deje libres las manos para ponerlas en una obra de cultura.

—Yo no conozco bien España y no puedo ver claramente sus problemas. Pero venga usted á ver-